EL REFLUJO AMERICANO

LOS buenos negocios y la buena conciencia, dos motores inmutables en la dinámica interna de los Estados Unidos, se unen hoy para imponer a la cabeza del "Imperio Americano" unas "revisiones desgarradoras" y ciertas conversiones cuyas consecuencias ya empiezan a sentirse...

«La guerra del Vietnam ha sido desacralizada. Ante las imágenes cotidianas que muestran su horrible realidad, ha perdido su aureola de leyenda y de mito. Hay actualmente, en Estados Unidos, una crisis de confianza en las autoridades». El americano que, en un artículo revelador de la revista «Preuve», formula este diagnóstico, no es ni un blando pacifista, ni un dirigente de la «nueva izquierda». El autor de este texto es precisamente Harold Kaplan, ex portavoz de la delegación de Estados Unidos en las conversaciones de París sobre el Vietnam y experto de confianza del departamento de Estado. Por esto precisamente es por lo que revisten un interés particular sus reflexiones e interrogantes. El franco estudio que acaba de publicar aclara notablemente, en todo caso, el cambio político fundamental que se da actualmente en la clase dirigente americana a consecuencia del «atolladero de pesadilla» del Vietnam.

Harold Kaplan opina que el gobierno de Washington, consciente del callejón sin salida en que se encuentra actualmente, a pesar de la enormidad del esfuerzo militar y financiero desarrollado desde hace muchos años, retirará probablemente, este año, el grueso de sus fuerzas —500.000 hombres— comprometidas en el Vietnam, y tratará, al mismo tiempo, de reforzar «las fuerzas de Saigón» (un millón de hombres).

De ese modo revela el alcance que revestirá la nueva «política de vietnamización» de Nixon, sin escamotear —lo que hace que su artículo sea apasionante— el problema que preocupa ya a todas las cancillerías: «¿Qué ocurrirá una vez que la potencia militar americana haya desaparecido de la región?».

Una hipótesis optimista

La primera eventualidad expresada en el artículo es la más temida en Washington: después de esperar a que la retirada de las fuerzas americanas estuviese suficientemente avanzada, y de tantear el dispositivo de las fuerzas sudvietnamitas para evaluar las posibilidades de éxito, los norvietnamitas y el F.N.L. lanzarían ofensivas victoriosas, y «un cambio de régimen en Saigón llevaría al poder a hombres favorables al Vietcong y al Norte». Harold Kaplan cree poder afirmar —pero, ¿no subestima las reacciones del Pentágono ante lo que podría parecer a la opinión pública americana una derrota evidente, un abandono, un saldo para los comunistas?— que si «entonces el Sur se hiciese comunista, y si se produjese la reunificación con el Norte, los Estados Unidos no se opondrían».

Kaplan prefiere, no obstante, apostar por la «hipótesis optimista» —optimista para Estados Unidos, claro está—: el Gobierno sudvietnamita seguiría dominando las ciudades y las regiones costeras, la fuerza de resistencia «sudista» contra «el comunismo centralizador y totalitario del Norte» resultaría suficientemente eficaz para obligar al adversario a negociar sobre nuevas bases; el F.N.L. conseguiría que se reconociese dentro de un «marco político abierto» la existencia legal de su aparato en el Sur, participaría en la vida política, obtendría participación en el poder, llevaría al Estado sudvietnamita a establecer relaciones comerciales y culturales con el Estado norvietnamita, y conseguiría, de ese modo, «ventajas concretas y reales, pero no el dominio total del Sur».

Un acuerdo internacional podría consagrar, sobre el terreno jurídico, esta fórmula de un Vietnam del Sur más o menos «neutralizado», en el que los Estados Unidos y la Unión Soviética podrían unir sus fuerzas para contener la influencia del comunismo maoísta. Harold Kaplan es demasiado diplomático para evocar abiertamente, en su artículo, este «sueño americano», pero está claro que la esperanza de una futura convergencia del juego de Washington y Moscú contra el juego de Pekín en Asia constituye la base de un «riesgo calculado» que adopta Nixon al comenzar la retirada de sus tropas del Vietnam.

De todo ello resulta que, en una batalla en la que se pone en juego no sólo la península indochina, sino también todo el Asia del Sudeste, el riesgo asumido por la Casa Blanca es considerable. Tampoco en este punto bromea Kaplan con las realidades de mil novecientos setenta. Subraya que «la China pesa muchísimo en esta región, y que existe siempre el peligro de que actúe como un gigantesco imán sobre todos los países de la periferia que no serían más que trocitos de metal», pero reconoce que los «Estados Unidos parecen retroceder ante esa inmensa tarea que sería crear y mantener en Asia una fuerza que actúe como contrapeso de China».

Mejor capitales que soldados

¿Por qué esta retirada? Debido a una «evolución de los espíritus ligada a los problemas interiores cada vez más angustiosos que se le plantean a la sociedad americana», explica Harold Kaplan, quien añade: «En resumidas cuentas, el *reflujo* del Vietnam simboliza el reflujo, querido por todo el pueblo americano, del papel que han jugado y siguen jugando los Estados Unidos en la edificación del orden mundial y que se considera excesivo». Porque la guerra del Vietnam les ha puesto el dedo en la llaga, haciéndoles ver «consecuencias políticas desastrosas» de una «intervención demasiado masiva, demasiado militar, demasiado extraña al genio del país que se desea socorrer», la guerra del Vietnam provoca ahora, entre los americanos, una clara tendencia a un «zafarse» que, por otro lado, se extiende a Europa.

El análisis de Kaplan queda incompleto porque no señala que el repliegue diplomático de Estados Unidos no impide ni la expansión económica, ni el avance de un capitalismo yanqui que su lógica interna lleva a un desarrollo continuo en el interior, pero también fuera de las fronteras de Estados Unidos; progresión económica y «reflujo» político no son contradictorios, sino complementarios. Si la administración republicana, «para atenerse al diapasón del consenso americano actual», se decide por un aislamiento parcial que no liquide, sino que limite la presencia «estratégica» de Estados Unidos en las diferentes regiones del mundo, es que se está descubriendo, en Washington, que un intervencionismo oficial siempre espectacular y a veces brutal, obstaculiza más que favorece la conquista discreta y eficaz de los mercados exteriores codiciados por el *big business*. Los buenos negocios y la buena conciencia, esos dos motores inmutables de la dinámica interna de Estados Unidos, se unen hoy para imponer, a la cabeza del «Imperio Americano», unas «revisiones desgarradoras» y ciertas conversiones cuyas consecuencias ya se empiezan a medir en Europa. ■ **ALBERT-PAUL LENTIN.**